

## 1808, UNA REVOLUCIÓN INCÓMODA

Francisco Carantoña Álvarez

En la primavera de 1808 España vivió la primera gran revolución de masas de su historia, que, sin embargo, ha perdido en la historiografía reciente el nombre con el que fue conocida durante más de un siglo. Hay un motivo para ello: derribó el poder establecido y creó nuevos órganos de gobierno para sustituirlo, pero no lo hizo con un propósito claro de cambiar el sistema político, social o económico; su objetivo fundamental era defender al rey que consideraba legítimo y oponerse a la intervención en la política del país de una potencia extranjera. Como afirmaba Marx cuatro décadas después: «Todas las guerras de independencia sostenidas contra Francia tienen de común la impronta de la regeneración unida a la impronta reaccionaria; pero en ninguna parte tanto como en España»<sup>1</sup>.

En los manifiestos de las Juntas hay práctica unanimidad sobre sus objetivos: la defensa del rey, de la religión y de la libertad de la patria. El término “libertad” es omnipresente, pero se refiere inicialmente a la libertad colectiva, a la de la patria amenazada por el tirano extranjero, es un sinónimo de “independencia”, menos frecuente, pero tampoco inusual en 1808. Los dos primeros elementos de la trilogía pueden considerarse reaccionarios — aunque, como señaló Pierre Vilar, tampoco repugnaban a la mayoría de los liberales<sup>2</sup> —, el tercero es más moderno y pronto se asocia con una idea de nación — término tampoco de uso infrecuente desde el comienzo del levantamiento — de mayor inspiración ilustrada y revolucionaria. De todas formas, que se luchase expresamente por la libertad facilitó mucho las cosas a los liberales en un momento en el que las palabras ad-

1. K. Marx, *La España revolucionaria* [1854], en K. Marx, F. Engels, *La revolución en España*, Moscú, Progreso, 1978, p. 17.

2. P. Vilar, *Hidalgos, amotinados y guerrilleros*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 235-236.

quieren nuevos significados. También es verdad que, aunque la oposición al “despotismo” y la necesidad de realizar reformas para regenerar España son elementos que aparecen muy pronto en la literatura patriota, en 1808 solo una minoría pretende un cambio radical.

No es cierto, como se ha afirmado con relativa frecuencia, que fuese dirigida por instituciones o autoridades del Antiguo Régimen. Precisamente una de sus características más revolucionarias, además de como se produjo el levantamiento, es la creación de nuevos órganos de poder, que lo asumen en nombre del pueblo. Aunque el término “junta” pertenecía al lenguaje común (también “soviet” en Rusia y “comité” o “asamblea” en Francia) y había instituciones que así se denominaban (lo mismo que “cortes” y “diputaciones”), estas son muy distintas de las que hasta entonces hubieran existido. Ni autoridades ni instituciones toman la iniciativa del levantamiento y solo después del triunfo se integran en el nuevo poder. Ahora bien, si las Juntas pueden considerarse órganos revolucionarios, la mayoría de sus integrantes no lo son. Es más, con frecuencia los líderes populares que en las calles agitan a las multitudes amotinadas no forman parte de ellas o incluso serán perseguidos cuando se consoliden.

Fue una revolución sin objetivos revolucionarios — salvo desalojar del poder del estado a quienes lo ocupaban —, encauzada rápidamente por las élites del Antiguo Régimen y que se enfrentaba a un emperador que decía tener como propósito regenerar y modernizar España; es más, estalla para defender los derechos de un monarca reaccionario y con escasas virtudes. No es extraño que cueste considerarla como tal, tampoco que haya desconcertado a muchos historiadores. Sin embargo, fue fruto de una masiva movilización popular con muchas vertientes, incluida la lucha contra los ricos, y de ella salieron las Cortes que realizaron reformas radicales.

Como demuestra la historia de la conmemoración del Dos de mayo, fue pronto incómoda<sup>3</sup>. Utilizada por realistas y por liberales, fue vista también con desconfianza por ambos. A ello habría que sumarle su carácter de momento fundacional frustrado, tanto del moderno estado constitucional como de la nación española<sup>4</sup>. Como volvió a suceder en 2008, la evocación del levantamiento de 1808 y de la Guerra de la Independencia nunca ha estado exenta de implicaciones políticas.

A pesar de las numerosas publicaciones aparecidas gracias a las conmemoraciones del segundo centenario, todavía siguen siendo necesarias in-

3. C. Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons, 2004; P. Géral, *Un siglo de monumentos a la Guerra de la Independencia*, en *Sombras de mayo*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, pp. 135-166.

4. Una reciente reflexión en L. Roura, *1808, ¿Un momento fundacional?*, en E. La Parra (ed.), *La Guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Universidad de Alicante, 2010, pp. 67-84.

vestigaciones locales y regionales sobre aspectos como el levantamiento, la creación y la historia de las Juntas. Por eso pueden considerarse fallidos algunos intentos de establecer conclusiones generales, que hubieran necesitado más estudios realizados directamente sobre las fuentes archivísticas. Intentaré, partiendo de las nuevas aportaciones historiográficas, hacer un esfuerzo por comprender cómo y por qué se produjo esa revolución con tantas caras que cambió la historia de España e incluso del mundo<sup>5</sup>.

### *Hacia la insurrección: la crisis de 1808*

El levantamiento popular que se produjo en España en los meses de mayo y junio de 1808 es un acontecimiento excepcional, en ningún estado europeo ocupado por Napoleón se desencadenaron reacciones semejantes. Pueden encontrarse similitudes en los motines urbanos contra la ocupación francesa republicana en el norte de Italia, también en la resistencia campesina que aparece en época napoleónica en el sur de esa península o en Tirol, pero ni su dimensión, ni la capacidad de organizar un poder estable que dirigiese la resistencia, ni su duración son comparables<sup>6</sup>. La insurrección sorprendió tanto al emperador francés como a las cortes europeas y a las autoridades y élites españolas. Hasta entonces, el dominio militar había bastado para permitir los cambios de frontera, gobierno o dinastía que Napoleón había decidido, el pueblo había sido un mero espectador, movilizado solo para formar parte de los ejércitos de sus príncipes. ¿Cómo se explica, entonces, el levantamiento de España? Para comprenderlo, debemos partir de la crisis política que vivía el país, agravada desde el otoño de 1807, que la intervención napoleónica radicalizó hasta conducirla al estallido revolucionario.

En su origen se combinan los problemas económicos derivados de la implicación en conflictos bélicos desde 1778 con la impopularidad del valido, que afectaba a los propios reyes. El descontento con el gobierno de Godoy fue alimentado por la actuación del príncipe de Asturias y los aristócratas que integraban el partido fernandino<sup>7</sup>. La crisis política se manifes-

5. El inicio del proceso de independencia de las colonias españolas de América es un acontecimiento decisivo para la historia universal, la influencia que tuvo la insurrección española en el fracaso de Napoleón tampoco es despreciable, ni la de la obra de Cádiz en América y Europa.

6. Una aportación reciente sobre Italia, V. Scotti Douglas, *Una resistencia diferente. Los italianos frente a la invasión francesa, 1796-1806*, en "Alcores. Revista de Historia Contemporánea", 2008, n. 5, pp. 71-88.

7. A. Elorza, *El temido árbol de la libertad*, en J. R. Aymes (ed.), *España y la Revolución Francesa*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 69-117; C. Morange, *Siete calas en la cri-*

tó con toda su crudeza ante la opinión pública en octubre de 1807, con el proceso de El Escorial, que coincidió con la firma del tratado de Fontainebleau y la entrada de tropas francesas en España. No es necesario insistir en lo que supuso el arresto del príncipe para el deterioro de la ya dañada imagen de Godoy y la creación del mito del “deseado”. Todo el mundo creyó en su inocencia y la tesis de que las ambiciones de Godoy llegaban incluso al trono cobró credibilidad<sup>8</sup>.

La entrada de fuerzas francesas y su asentamiento en diversos puntos de España creó un nuevo contexto que influiría tanto en los partidos que se enfrentaban en la Corte como en la evolución de la opinión pública. El tratado de Fontainebleau señalaba que un ejército de reserva se situaría en Bayona por si se produjese un ataque británico, pero solo pasaría la frontera previo acuerdo entre las dos potencias firmantes. El tratado era secreto, pero alarmaba a la opinión pública que la “Gaceta” informase constantemente de nuevas entradas de tropas imperiales una vez que la invasión se había consumado. En los primeros meses de 1808, la ocupación de varias ciudades — significativamente, todas situadas al norte del Ebro — no hizo más que acrecentar la inquietud, aunque todavía existía la esperanza de que Napoleón se inclinase por el príncipe heredero frente a Godoy. La prueba más evidente de que la inquietud era generalizada nos la ofrece la proclama que Carlos IV se vio obligado a dirigir al país el 16 de marzo — publicada en la “Gaceta” del 18 — para calmarla.

El motín de Aranjuez frustró el intento de Godoy de salvar a la familia real pero, sobre todo, supuso la incorporación del pueblo a la acción política. Fue fruto de una conspiración palaciega, pero el entusiasmo que despertó la caída del valido y la llegada al trono del joven Fernando lo convirtió en una gran movilización popular. Numerosos pueblos y ciudades, incluida la capital, conocieron multitudinarias explosiones de alegría, destrucción de los retratos de Godoy y ataques a sus propiedades o las de sus partidarios<sup>9</sup>. El nuevo rey consolidaba su mito y en él se concentraron las esperanzas de regeneración, de cambio político y mejora de la situación económica.

*sis del antiguo régimen español*, Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1990, pp. 23-85; E. La Parra, *Manuel Godoy*, Barcelona, Tusquets, 2002, pp. 348-397.

8. El partido fernandino era bien consciente de los réditos que podía obtener de la adecuada explotación de estos sucesos, al poco tiempo de producirse el motín de Aranjuez, el 31 de marzo, una “Gaceta Extraordinaria” publicó la sentencia de 25 de enero de 1808 que exculpaba a los implicados, precedida de un relato, sesgado a favor de Fernando y en contra de Godoy, de lo que había sucedido. La Parra considera que el 5 de noviembre de 1807 puede utilizarse como fecha de referencia para el nacimiento del mito de Fernando VII. E. La Parra, *op. cit.*, pp. 221-236.

9. F. Martí Gilabert, *El Motín de Aranjuez*, Pamplona, EUNSA, 1972; E. La Parra, *op. cit.*, pp. 382-401.

Aranjuez es fundamental para comprender lo que sucederá solo dos meses después. No olvidemos lo inusuales que eran las manifestaciones o los motines en el Antiguo Régimen, siempre durísimamente reprimidos. Ahora, el pueblo sale impunemente a las calles, incluso es lisonjeado por ello, y siente que su movilización ha dado fruto. Es indiferente que lo que sucedió en el real sitio tuviera más de golpe de estado que de verdadera revolución, lo importante es cómo fue percibido. Además, lo que ocurre en las provincias anticipa lo que sucederá en mayo-junio: las autoridades, desconcertadas ante las noticias que llegan de la Corte, tardan en reaccionar, mientras el pueblo se lo exige desde la calle<sup>10</sup>.

La agitación de marzo no muestra solo el rechazo al gobierno de Godoy y la alegría por la llegada al trono de Fernando VII; el malestar social es evidente, como parece indicar el carácter antifiscal que exhibe. En León, no solo se asalta la casa de Sierra Pambley, funcionario de hacienda y estrecho colaborador de Sixto Espinosa, sino que se exige la supresión del impuesto de 4 maravedíes sobre el cuartillo de vino<sup>11</sup>. En Sanlúcar, se reclamó la destitución y el encarcelamiento del subdelegado de rentas local y del intendente de la provincia<sup>12</sup>. En Villalón, la noche del 3 de abril los vecinos saquearon e incendiaron la vivienda del administrador de rentas<sup>13</sup>. Esos funcionarios habían sido nombrados por el gobierno de Godoy, pero no parece casual que fueran los relacionados con la hacienda pública y no otros los que suscitaban las iras populares, incluso aunque estuviese presente la agitación eclesiástica contra la desamortización.

Entre marzo y mayo no hay solución de continuidad, los incidentes se suceden y, en la segunda mitad de abril, cuando los franceses se muestran

10. Fontana ha destacado la continuidad entre los motines de marzo y el levantamiento de mayo-junio: «Hay algo en que conviene insistir para aclarar la complejidad de los primeros momentos de la guerra; para explicar la rapidez y unanimidad de la respuesta popular, la ambigüedad y el miedo de las clases dominantes, y la desconfianza de los insurrectos frente a las autoridades legales. Y es el hecho de que la agitación que en mayo se suscitó contra los franceses, no sólo prolongaba anteriores fricciones del pueblo con las tropas venidas de más allá de los Pirineos, sino también, y sobre todo, la emoción que habían producido los sucesos del mes de marzo, con la caída del odiado Godoy y la subida al trono de Fernando VII, que habían dado lugar a un clima de agitación prerrevolucionaria». J. Fontana, *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 59.

11. F. Carantoña, *De la ilustración al liberalismo moderado. La trayectoria política de Felipe Sierra Pambley*, en F. Carantoña, E. Aguado (eds.), *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 28. Ese impuesto protagonizó las protestas también en otras localidades.

12. R. Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 49.

13. J. Sánchez Fernández, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia Española, 1808-1814*, tesis doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid-Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002, pp. 114-115.

cada vez más hostiles al nuevo rey, comienzan los choques con su ejército, incluso de carácter sangriento. En Valladolid, el 11 de abril, según el general Roize: «el comisario de guerra, Mr. Clerc, acompañado de un administrador divisionario, ha sido gravemente injuriado, mientras regresaba a su domicilio, y apedreado por numerosos españoles, no debiendo su salvación más que a protección que le dio su espada». Poco después, el 18, se produjo un desorden cuando los franceses realizaban su parada matinal que estuvo a punto de degenerar en un motín<sup>14</sup>. En Burgos, ciudad que sufría desde hacía meses el tránsito y la estancia de miles de soldados, estalló, ese mismo día 18, el incidente más grave del mes de abril, cuando cuatro civiles fallecieron por disparos del ejército napoleónico. La explosión de ira popular se produjo porque los franceses habían interceptado un correo español que se dirigía desde Vitoria, donde estaba el rey, a Madrid<sup>15</sup>.

La propaganda favorable a Carlos IV y los Bonaparte está detrás de incidentes en Madrid, el 20 de abril; Toledo, el 21, donde se plantean problemas por el alojamiento de tropas francesas, pero el origen del motín está en la noticia difundida por el general Thomas de que Napoleón había decidido restablecer en el trono a Carlos IV; León, el 24; y, un poco más tarde, el 5 de mayo, en Gijón. Los motines de León y Gijón, como los de Oviedo y Valencia del 9 y 23 de mayo, se iniciaron en las estafetas de correos debido a la lectura de cartas que informaban de las noticias de la Corte o la llegada de impresos y periódicos, parece difícil negar su espontaneidad<sup>16</sup>.

Para entender por qué la tensión no amaina tras la llegada al trono de Fernando VII, hay que recordar la evolución de los acontecimientos y, sobre todo, cómo llegan a la opinión pública. Aunque la actitud de Murat desde el 24 de marzo no había pasado desapercibida, hasta mediados de abril los incidentes madrileños entre paisanos y soldados franceses deben explicarse, primordialmente, por los problemas derivados de la presencia de un ejército tan numeroso<sup>17</sup>. La alarma por la ocupación de ciudades y la dis-

14. *Ivi*, p. 49.

15. Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, 5512, 6; F. Castrillejo, *La crisis del Antiguo Régimen en Burgos*, en *Historia de Burgos IV. Edad Contemporánea (1)*, Burgos, Caja Burgos, 2002, pp. 47-48; C. Borreguero, *Burgos en la Guerra de la Independencia, enclave estratégico y ciudad expoliada*, Burgos, Cajacírculo, 2007, pp. 42-43.

16. F. Carantoña, *Revolución liberal y crisis de las instituciones tradicionales asturianas*, Oviedo, Silverio Cañada Editor, 1989, pp. 75-77; *Id.*, *El levantamiento de León en 1808*, León, Ayuntamiento de León, 2008; *Id.*, *1808. Revolución periférica y soberanía nacional. Asturias y la formación del Gobierno central, en 1808-2008. La Guerra de la Independencia en Asturias, la Historia 200 años después*, Oviedo, Junta General Principado, 2009, pp. 13-39.

17. El mando francés era consciente de ello. El 17 de abril se publicó una “Gaceta Extraordinaria” con una orden de Murat para que la división del general Musnier acampase fuera de la ciudad para «disminuir a la villa de Madrid, en cuanto sea posible, la carga oca-

persión de tropas francesas por el territorio español no era suficiente para provocar altercados serios mientras se creyese que Napoleón reconocería al nuevo rey, pero la inquietud se agravó desde que, el 10, salió hacia Burgos para entrevistarse con el emperador. Ya entonces existían indicios suficientes de que el resultado del encuentro no iba a ser el esperado, aunque Fernando y sus principales consejeros seguían confiando en que lograrían su favor. El 16 de abril, Murat indicó por primera vez a la Junta de Gobierno que la intención de Napoleón era restablecer en el trono a Carlos IV. Aunque acordaron no hacer pública la declaración en la que denunciaba que su abdicación había sido forzada hasta que se conociese el resultado de la entrevista entre Fernando y el emperador, los rumores se incrementaron desde entonces.

Las cosas se complicaron en pocos días: el motín de Burgos, las manifestaciones populares para que el rey no abandonara Vitoria del 19 de abril y la campaña de los servicios de propaganda franceses, iniciada de manera bastante poco brillante el 20, casi coinciden con un gran error de Napoleón, la liberación de Godoy el 21. Los incidentes de Vitoria motivaron una proclama del rey, publicada en una “Gaceta Extraordinaria” el 22, en la que insiste en que está convencido de la amistad del emperador y pide calma al pueblo; significativamente, se cierra repitiendo las palabras del monarca que señalaban que la justicia para Godoy no era incompatible con su generosidad<sup>18</sup>.

Para la opinión pública que, contrariamente a lo que se había dicho por las autoridades, fuese Fernando VII el que tuviese que trasladarse a Francia no dejaría de ser motivo de preocupación — se vio en Vitoria —; la liberación de Godoy y la campaña de propaganda solo sirvieron para confirmar los temores. Napoleón parecía inclinarse no ya por Carlos IV, sino por el propio valido, el déspota odiado; de ahí a la identificación de ambos personajes y su política solo había un paso. Napoleón no era odiado por los españoles a comienzos de 1808, incluso era admirado y sus retratos aparecían con frecuencia en la capital, los dos partidos enfrentados en la Corte habían contribuido a presentarlo como fiel aliado y protector de los intereses de España. Será al alejarse del deseado cuando se transforme en el tirano que pretende sojuzgarla<sup>19</sup>. En pocos días las cosas se precipitaron y la agitación se convirtió en una situación prerrevolucionaria.

sionada por el alojamiento de las tropas francesas». También se disponía que «en lo sucesivo ningún oficial general o particular, comisario, etc., sino los de estados mayores generales y de los cuerpos que deben permanecer en la villa, pueda tener alojamiento en ella, a no ser que se hallen autorizados al efecto en virtud de nuevas disposiciones de S. A. I.».

18. Ese mismo día, otra “Gaceta Extraordinaria” había hecho público el comunicado de la Junta sobre el traslado de Godoy a Francia, que se atribuía a una decisión del rey para complacer a Napoleón.

19. E. de Diego, *Madrid, de Fontainebleau al dos de Mayo*, en L. M. Enciso (ed.), *El*

### *La revolución*

El Dos de mayo no cambió radicalmente el curso de los acontecimientos. Tanto la salida de los últimos miembros de la familia real de Madrid, como el cambio de dinastía se hubieran producido igualmente. Tampoco fue el inicio de la insurrección contra Napoleón. Se le puede considerar uno más de los motines que entonces se producían en varios puntos del país, aunque reúne características que lo convierten en un hito decisivo del proceso revolucionario: su dimensión — incluida la sangrienta represión —, que estallase en la capital del reino y que trajese como consecuencia que Murat se pusiera al frente del gobierno. Influye de forma importante en que estalle la insurrección de las provincias, pero no existe la intención de derribar el poder establecido, tampoco de constituir uno nuevo. No podía haberla, por muchas sospechas e inquietudes que existiesen, todavía no se habían producido las abdicaciones y Fernando VII seguía siendo rey de España. La Junta de Gobierno, presidida por un tío del rey, había sido nombrada por él y actuaba en su nombre ¿Qué justificación hubiera habido para intentar derribarla?

Aunque hubo conspiraciones fernandistas en abril y se ha relacionado con él la “confabulación de los artilleros” que Pérez de Guzmán desveló en 1889, no parece que estuviese preparado ningún levantamiento para ese día. Artola se inclina por un estallido espontáneo, Fraser considera también que el Dos de mayo es más espontáneo que muchos de los levantamientos que después se produjeron en las provincias<sup>20</sup>.

*Dos de Mayo y sus precedentes*, Madrid, Madrid Capital Europea de la Cultura, 1992, pp. 243-268; Id., *España 1808, Napoleón, de Héroe a Villano*, en A. Ventura (coord.), *Napoleón Historia & Mito*, Lisboa, Universidade de Lisboa, 2008, pp. 25-40; E. La Parra, *El mito del protector. Napoleón y la Crisis de la Monarquía Española (1806-1808)*, *ivi*, pp. 41-54; A. Moliner, *La imagen de Napoleón en España en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, *ivi*, pp. 65-101.

20. M. Artola, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa Calpe, 1978 [1968], pp. 25-30; R. Fraser, *op. cit.*, p. 79. Los artilleros habían preparado una acción militar en toda España, no un levantamiento en la capital, el Dos de mayo los sorprendió como a todo el mundo. J. Pérez de Guzmán, *Memorias del Dos de Mayo. La confabulación de los artilleros*, Madrid, Imprenta del Cuerpo de Artillería, 1889; Id., *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid. Relación histórica documentada*, Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1908, pp. 322 y ss. Morange señala que el conde de Montijo había tenido conversaciones con el duque del Infantado sobre la necesidad de prepararse para una guerra contra Napoleón, pero indica que en abril se trasladó a Logroño donde estaba su madre, enferma, que falleció el 15. No se sabe cuándo regresó a Madrid, ni si estaba allí el 2 de mayo. También explica que «no resulta fácil seguir al conde del Montijo durante el mes de mayo de 1808, porque son poquísimos los datos seguros que poseemos sobre este período. Ni siquiera sabemos de fijo si participó en la insurrección madrileña, porque nada dice de ello en su *Manifiesto*. Puede pensarse sin embargo que no hubiera dejado de mencionar su participación en tan glorioso acontecimiento, sobre todo en 1810, fecha en que redactó el *Mani-*

La reacción más conocida a los incidentes de Madrid fue el bando de Móstoles que, difundido por la mitad sur del país, provocó agitación en numerosas puntos y conatos de sublevación en ciudades como Badajoz, Sevilla o Córdoba. Las órdenes del Consejo de Castilla y la Junta lograron aplacar temporalmente el descontento, pero también contribuyeron a difundir lo que había sucedido en la capital. Que entre las comunicaciones oficiales se incluyese el bando de Murat no parece una decisión acertada — fue el mariscal francés quien la tomó —, como se demostró en Asturias el día 9. El primer levantamiento asturiano fue probablemente la secuela más grave, así lo vio Murat, que ordenó enviar tropas y comisionados, además de acelerar la incorporación de importantes cargos institucionales. De todas formas, la Junta del Principado, que había ordenado el armamento de la población y enviado emisarios a las provincias vecinas bajo la presión popular, rectificó el 13, suspendió sus sesiones y la situación se normalizó, aunque no paró la actividad de los patriotas, aquí organizados, ni cesaron completamente los tumultos callejeros. La agitación prosiguió en toda España y protestas populares, pasquines y otras expresiones de descontento serán frecuentes en los días posteriores<sup>21</sup>.

La primera consecuencia política de los sucesos del 2 fue que Murat obligó a la Junta a reconocerlo como presidente el 4, el día en que el infante don Antonio partió para Bayona. La resistencia de las autoridades a lo que solo puede definirse como un golpe de estado fue tenue. De la Junta formaban parte, además de los ministros, los presidentes de las principales instituciones, entre ellos el del Consejo de Castilla. Ahora sí que cualquier acción en favor de Fernando VII tenía que realizarse necesariamente contra el poder establecido.

La “Gaceta” recogió el 10 de mayo el acuerdo de la Junta que hacía a Murat su presidente. A su lado aparecían nuevas llamadas a la tranquilidad y disposiciones para normalizar la vida en la capital. Ese mismo día, el “Diario de Madrid” incluía un informe, supuestamente enviado a Murat desde Aranjuez el 23 de marzo, en el que, por primera vez, se hacía pública la denuncia de su abdicación, que teóricamente Carlos IV había firmado el 21<sup>22</sup>. Que el responsable de la matanza de Madrid, un general extran-

*fiesto*»: C. Morange, *op. cit.*, p. 28. Infantado había partido con el rey hacia Bayona el 10 de abril.

21. Es algo que se olvida cuando se insiste en que entre el motín madrileño y las primeras sublevaciones de las provincias pasan 21 días. No es necesario hacer la lista de las poblaciones que se agitan como consecuencia de la difusión de la proclama de Móstoles, Fraser ofrece una relación bastante detallada, pero también en el norte hay incidentes: Salamanca, 6 de mayo — la universidad fue cerrada —; Ciudad Rodrigo, el 9; o Vilagarcía de Arousa, el 12, son algunos casos que sumar al más conocido de Asturias.

22. He consultado directamente los números de la “Gaceta de Madrid” de 1808, pero del “Diario de Madrid” solo pude acceder a los ejemplares del 19 y el 20 de mayo que se

jero, asumiese la jefatura del estado no hizo más que cargar de razones a quienes empezaron a pensar en la necesidad de una insurrección. El partido patriota pasará a ser más amplio e incrementará su actividad.

Un nuevo aldabonazo se dio el día 13, cuando la “Gaceta” publicó la protesta en la que Carlos IV denunciaba que su abdicación había sido forzada, el nombramiento de Murat como Lugarteniente General del Reino por el propio Carlos IV — al que se puso fecha del 4 para dar apariencia de legalidad al golpe de estado — y una carta de Fernando a su padre, fechada a 6 de mayo, en la que abdicaba en él la corona. El “Diario de Madrid” había publicado los mismos documentos el día anterior. La “Gaceta” del 13 no daba cuenta aún del cambio de dinastía, pero la recuperación de la corona por Carlos IV y que en su nombre ejerciera el poder un general extranjero eran ya noticias decisivas<sup>23</sup>. Su difusión no provocó un levantamiento, pero sí un aumento de los incidentes en varios puntos del país. En Oviedo, hubo asonadas nocturnas, especialmente fuertes los días 22 y 23<sup>24</sup>; en Valladolid, aparecieron pasquines el 17, que merecieron como respuesta una proclama del general Cuesta llamando al orden y a la fidelidad al «Gobierno supremo de la España que vela más que nunca en la independencia y prosperidad de sus dominios»<sup>25</sup>; lo mismo sucedió en Córdoba el 20.

La confirmación de que Napoleón se había hecho con la corona española llegó con la “Gaceta” del 20 que publicaba las abdicaciones de Bayona. Es cierto que el Consejo las conocía desde el 12 — el 13 accedió a declarar que José Bonaparte era la persona más adecuada para ocupar el trono

conservan en la Biblioteca Nacional, para el resto de los días utilizo el resumen de los contenidos que aparece en A. Gil Novales, *Los periódicos en el Madrid de 1808, análisis*, en “Revista de Historia Militar”, 2004, núm. extraordinario *Los franceses en Madrid. 1808*, pp. 134-195. El “Diario de Madrid” había comenzado a incluir información nacional e internacional y artículos de opinión desde el 10 de mayo, en que vuelve a numerarse desde el número uno, y actúa sin tapujos como instrumento de propaganda de Murat, ya en su “prospecto” deja claro cuál va a ser su línea. El número de suscriptores y de lectores sería mucho menor que el de la “Gaceta”, pero, sin duda, su información contribuiría a incrementar la agitación en Madrid y el resto de España; Toreno indica que su distribución produjo agitación en Sevilla: Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Pamplona, Urgoiti, 2008 [1835-1837], edición de R. Hocquellet, p. 120. Sobre la prensa y la opinión pública, véase también C. Almuiña, *El Dos de Mayo madrileño. Las reacciones de la opinión pública*, en L. M. Enciso (ed.), *op. cit.*, pp. 483-501.

23. Sobre la “Gaceta” del 13 de mayo, E. La Parra, *El rechazo de la nueva dinastía*, en E. La Parra (ed.), *op. cit.*, pp. 30 y ss.

24. Conde de Toreno, *op. cit.*, p. 104.

25. J. Sánchez Fernández, *op. cit.*, Diputación, pp. 51-52. En Zamora, la abdicación de Fernando VII y el nombramiento de Murat llegaron el 16 al ayuntamiento, que organizó rondas para mantener un orden público que se vio alterado en los días siguientes. R. Gras y de Esteva, *Zamora en tiempo de la Guerra de la Independencia*, Madrid, JAE, 1913, pp. 26-27.

de España — y pudo haberse filtrado, pero su difusión sería limitada. Simultáneamente, o en fechas muy próximas, se conoció la convocatoria de la asamblea de Bayona, publicada el 22 de mayo por el “Diario” y el 24 en la “Gaceta”, pero distribuida con anterioridad. Este doble anuncio provocó el levantamiento de las provincias, aunque no fue simultáneo, ni se produjo en todas de la misma forma<sup>26</sup>. Los primeros levantamientos, los que más influyen en las demás, estallan entre el 23 y el 28; otros comenzaron el 30 — San Fernando — pero los motines y la creación de Juntas continuaron en la primera quincena de junio; la revolución se extiende a lo largo de unas tres semanas<sup>27</sup>.

Se ha intentado diferenciar los levantamientos autónomos de los inducidos, aunque, con frecuencia, cuando la noticia del triunfo en el considerado foco insurreccional llega a las localidades próximas, ya había habido incidentes en ellas. Un caso en que se ha demostrado que era injustificada esta atribución es el de Valladolid, que realmente fue de las últimas ciudades de la capitania de Castilla la Vieja en constituir una Junta y desde donde partió el 6 de junio un llamamiento de Cuesta para que lo hiciesen las demás provincias, pero estas ya habían creado Juntas antes de recibirlo. Otro ejemplo es el de Galicia, considerado en ocasiones como derivado del asturiano o del leonés. Está claro que el levantamiento coruñés condujo al de las otras ciudades gallegas, pero resulta más discutible la influencia de los emisarios de Asturias y León en que estallase. Con seguridad sus noticias sirvieron de estímulo para los patriotas locales, que se reunían con anterioridad, y el pueblo de la ciudad, pero la insurrección se hubiera producido igualmente<sup>28</sup>.

26. Fraser lo ha expresado con rotundidad: «En primer lugar, hay que destacar que cada uno de los levantamientos fue un caso *sui generis*, sin interconexiones entre sí. O sea, no hubo un plan general ni siquiera, en la mayoría de los casos, noticias de las otras insurrecciones». R. Fraser, *Los levantamientos de 1808*, en E. La Parra (ed.), *op. cit.*, pp. 17-28.

27. Las revueltas comienzan el 23 en Valencia y Cartagena. Las primeras Juntas se establecieron en Cartagena, el 23; en Asturias, en la madrugada del 24 al 25; y en Valencia, el día 25. La “Gaceta” dio muy pocas noticias sobre la sublevación, pero indirectamente pudo contribuir a difundirla. El 28 de mayo se publicó una extraordinaria que intentaba desmentir rumores y hablaba de la supuesta tranquilidad que existía en varias capitanías, de cómo se había recuperado en Oviedo — aún no habrían llegado a Madrid las noticias de la creación de la Junta — y, especialmente, del levantamiento de Valencia del 23. Incluía el edicto del capitán general ordenando el alistamiento, del que decía que se había malinterpretado y que la normalidad era total. No hay ninguna noticia más de la insurrección hasta que, el 7 de junio, publica el manifiesto de la Junta de Gobierno llamando a las provincias sublevadas a que volvieran a la obediencia, lo que suponía darle carta de naturaleza. El “Diario de Madrid” lo había hecho el 6.

28. La cuestión de qué ciudades se levantaron de forma autónoma e influyeron sobre el resto no obtiene una respuesta unánime, Artola considera que son Oviedo, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Valladolid y Badajoz, además de Cataluña. Hocquelllet las reduce a las cua-

Se suele afirmar también que se trata de una revuelta urbana, lo cual es solo parcialmente cierto. La mayoría de las ciudades que se levantan en mayo-junio rondan los 10.000 habitantes, algunas no llegan, solo Sevilla, Valencia y Cádiz superan los 50.000; en todas, la población campesina es numerosa. En ellas se establecen las principales Juntas, pero ya desde el primer momento se sublevan localidades menores, rurales sin paliativos<sup>29</sup>. Los campesinos participan en los levantamientos o acuden a las ciudades para sumarse en cuanto tienen noticias de que se han producido. Sin los campesinos ni hubieran triunfado ni se hubieran podido crear con tanta rapidez ejércitos en las provincias. Su papel posterior en la resistencia se escapa de los objetivos de este artículo, pero tampoco debe ser olvidado.

Como en el caso del Dos de mayo, se ha planteado el debate sobre la espontaneidad de la insurrección de las provincias. Es una cuestión más compleja porque se trata de un elevado número de levantamientos y los intentos de sistematizarlos no han dado resultados del todo convincentes<sup>30</sup>.

tro primeras. Fraser las eleva a ocho, suma a la lista de Artola Coruña y Cartagena y quita Cataluña, sobre todo porque Lleida, la primera ciudad en levantarse, no influye decisivamente en que lo hagan las demás. García Cárcel reproduce la lista de Fraser pero añade: «Ni Cataluña ni el País Vasco, territorios ocupados, hicieron nada por participar inicialmente en la insurgencia». Las primeras Juntas se constituyen en Cataluña antes que en Coruña o Valladolid, por ejemplo. También en Bilbao se creó una Junta. M. Artola, *op. cit.*, p. 49; R. Hocquelllet, *op. cit.*, p. 89; Id., *El complejo de huérfano. Los españoles antes de la acefalia*, en E. La Parra (ed.), *op. cit.*, pp. 51-66; R. Fraser, *op. cit.*, p. 123, un detallado análisis del levantamiento catalán en pp. 159-175; R. García Cárcel, *Ciudades en guerra*, en *España 1808-1814. La nación en armas*, Madrid, SECC, 2008, p. 239; A. Moliner, *La repercusión del 2 de Mayo en Cataluña*, en L. M. Enciso (ed.), *op. cit.*, pp. 437-454; Id., *La repercusión del dos de mayo en Cataluña*, en “Madrid. Revista de arte, geografía e historia”, 2007, n. 9, pp. 123-157; F. Carantoña, *El levantamiento de 1808 en Castilla y León, las Juntas Provinciales y la Junta de León y Castilla*, en C. Borreguero (coord.), *La Guerra de la Independencia en el mosaico peninsular (1808-1814)*, Burgos, Universidad de Burgos, 2010, pp. 399-429.

29. En la provincia de Valladolid, el 2 de junio, el pueblo se había amotinado en Medina del Campo y colocado el retrato de Fernando VII en el balcón del ayuntamiento, un correo militar estuvo a punto de ser linchado. En Villabragima, la revuelta popular incluyó el saqueo de la casa del alcalde, el apaleamiento del escribano y robos en domicilios de personas acomodadas y en el estanco de la sal, lo que provocó la queja de los alcaldes y “vecinos honrados” a Cuesta. Estoy seguro de que nuevos estudios regionales o provinciales nos aportarían más casos. J. Sánchez Fernández, *op. cit.*, p. 140.

30. Esdaile intenta hacer una clasificación en tres categorías: las ciudades en las que la llegada de la “Gaceta” del 20 o de emisarios de ciudades vecinas provoca la sublevación (Cartagena, Valencia, Zaragoza, Murcia y León, en principio, aunque también lo extiende a Granada, Santander, Valladolid, Ciudad Rodrigo, Cádiz, Coruña y Badajoz); los casos en que células de conspiradores la promueven (Oviedo y Sevilla); y donde son las autoridades las que toman la iniciativa (Ronda, Segovia, Córdoba, Jaén, Lleida, Tenerife, Mallorca y el cuartel general de Castaños). En la página 79, afirma que ese movimiento no fue espontá-

Realmente, nos encontramos ante dos cosas distintas: la supuesta existencia de una conspiración general y coordinada en todo el país, que nunca se ha sostenido con apoyo en fuentes documentales y tiene, en consecuencia, bastante de especulativa, y las conspiraciones locales que influyen en algunos de ellos.

El partido fernandino era un grupo de presión, integrado por nobles y eclesiásticos, que tenía contactos, en muchos casos familiares, en diversos lugares de España, pero no funcionaba con la cohesión y la coordinación que el nombre que le damos puede hacernos entender. El apoyo a la causa de Fernando se amplió enormemente en los primeros meses de 1808 y, cuando comienza a identificarse con la de la patria, se desarrollan grupos locales que tenían poco que ver con ese partido original. A pesar de lo que se ha sostenido por algún historiador, la cuestión de la independencia sí estaba sobre el tapete y aparece como inseparable de la dinástica. No se trata de un simple cambio de casa reinante, ni puede compararse con la Guerra de Sucesión, una auténtica guerra civil. En mayo de 1808, no hay un bando josefino, ni siquiera bonapartista (salvo que llamemos de esa forma a los pocos agentes que desplegó el emperador), Napoleón impone a su hermano — como podía haberlo hecho con su cuñado — y solo después comienza a buscar apoyos para él, por persuasión o por la fuerza. Tampoco era desconocida en España la política que había desarrollado en Italia, los Países Bajos o Alemania, pero la ocupación de Portugal fue lo que más influyó en la opinión pública, además de la actuación de Murat y sus generales<sup>31</sup>. Sería más correcto hablar en mayo de partido patriota que de partido fernandino.

Ese partido está unido por el rechazo a la ocupación, aunque políticamente es muy heterogéneo. La colaboración inicial entre absolutistas ultra-

neo porque pasaron tres semanas entre el 2 de mayo y la rebelión de las provincias, pero, en la 84, define a la mayoría de estos desórdenes como espontáneos. C. Esdaile, *La Guerra de la Independencia. Una nueva Historia*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 82-84.

31. Además de que había razones de sobra para sospechar que Napoleón pretendía convertir España en un país subordinado y que las afirmaciones sobre la integridad territorial no eran demasiado creíbles — quienes tenían relación con la Corte conocían las pretensiones, planteadas en marzo de 1808, de anexión a Francia del territorio situado al norte del Ebro —, que la lucha es por la independencia aparece ya en muchos documentos de ese mismo año. Sobre esta cuestión me remito a lo dicho en F. Carantoña, *Un conflicto abierto. Controversias y nuevas perspectivas sobre la Guerra de la Independencia*, en “Alcores. Revista de Historia Contemporánea”, 2008, n. 5, pp. 13-51. Dufour ha analizado la difusión de los acontecimientos de Portugal en España a través de la prensa, como bien indica: «Con efeito, no que foi realmente uma guerra peninsular (pelo menos do ponto de vista militar), os acontecimentos de Espanha não adquiriram todo o seu verdadeiro significado senão em relação aos de Portugal (e vice-versa)». G. Dufour, *Recepção e percepção dos acontecimentos de Portugal em Espanha no início da Guerra Peninsular*, en C. Guardado (coord.), *A Guerra Peninsular*, Lisboa, Colibri, 2009, pp. 17-25.

rreaccionarios, reformistas ilustrados y liberales de diversas tendencias se mantiene frente al enemigo común, pero las diferencias políticas comienzan a manifestarse en el verano de 1808 y son ya profundas en 1809, cuando se debate la organización del poder en la España liberada. En cualquier caso, lo que nos interesa ahora es que en mayo de 1808 es una amplia corriente de opinión de la que surgen algunos núcleos organizados locales — normalmente formados muy poco antes del estallido de los levantamientos — que tenían escasos contactos entre sí en el ámbito de las provincias/reino y menos aún en el supraprovincial<sup>32</sup>. Ninguna fuente permite sostener que estuviese planificado el levantamiento. De estarlo, sí que habría sido simultáneo, no se hubiera extendido en un plazo de tres semanas. Son las primeras Juntas las que establecen la comunicación entre provincias vecinas y contribuyen a difundirlo. Sobre esta cuestión no han aportado novedades las investigaciones recientes, lo que recogen las publicaciones aparecidas en torno al bicentenario sobre los casos en que grupos locales lo prepararon se conocía desde hace tiempo<sup>33</sup>.

Solo del segundo levantamiento de Asturias se puede afirmar que una organización preparó la rebelión y ejecutó un golpe revolucionario. Según Álvarez Valdés, que cuenta con testimonios de varios de sus integrantes, desde finales de abril se reunía un grupo de patriotas — 11 personas, aunque luego sumarían más colaboradores — que, al contrario de lo que se ha sostenido recientemente, no formaban parte de las “grandes familias” del principado, la mayoría tampoco de la Junta General. Solo dos pertenecían

32. El debate sobre el carácter espontáneo de los levantamientos de la primavera de 1808 también se ha planteado en Portugal, donde la insurrección, claramente inducida por la española, presenta rasgos parecidos. J. Tengarrinha estudió 69 levantamientos locales y considera que solo 29 fueron auténticamente populares y espontáneos, otros 40 habrían sido promovidos por autoridades, personas influyentes o procedentes de otros lugares. A.C. Araújo también considera que la influencia española o la acción de conspiradores locales está detrás de la mayoría, mientras que para V. Pulido Valente fue una revuelta popular y de claro carácter social. V. Aspra de Matos, *A Insurreição de 1808 - 3 interpretações*, en C. Guardado (coord.), *op. cit.*, pp. 105-117. H.J. Martins considera que en la zona del Miño el movimiento fue «iniciado pelas concorridas assembleias populares que se forman mais ou menos espontaneamente e às quais aderem, num segundo momento, as autoridades e as figuras de destaque dos concellos, como que forçadas pelas circunstâncias»: H.J. Martins, *O Minho e as Invasões Francesas*, Braga, Universidade do Minho, 2000, p. 149. En general, parece más acusado el carácter social de las revueltas populares portuguesas, aunque las Juntas surgidas de la insurrección hayan tenido un comportamiento político más conservador que en España, quizá precisamente debido a ello.

33. Puede atribuirse a C. Corona la paternidad de la tesis de que una conspiración provocó el levantamiento de las provincias. La formula, como una conjetura sin soporte documental, apoyándose en una afirmación de Pérez de Guzmán sobre el motín de Aranjuez y sus secuelas, no sobre el Dos de mayo ni sobre la insurrección de finales de ese mes. C. Corona, *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*, Madrid, Rialp, 1957, pp. 374-375.

a esa institución, ninguna a la nobleza titulada y varias ni siquiera eran asturianas; en la segunda quincena de mayo se les une un aristócrata, el joven vizconde de Matarrosa. Agustín Argüelles, que estaba en Londres, no participó en sus actividades, aunque sí lo hizo Flórez Estrada, procurador general electo, que llegó a Oviedo el 17 desde de León. Este comité reclutó campesinos y, en la noche del 24 de mayo, se hizo con la fábrica de armas, el edificio de la Audiencia y la casa del comandante general, detuvo a las principales autoridades y creó una Junta que se reunió en la madrugada del 25. El pueblo fue convocado, con toque de campanas, cuando ya habían tomado el poder<sup>34</sup>.

Hay otros casos en los que quedó constancia de la existencia de reuniones de patriotas que influyen en el desarrollo de los acontecimientos, son Valencia, Coruña y Sevilla. En Valencia se reúnen en torno a la familia Bertrán de Lis, pero la movilización popular comenzó el 23, con la llegada de la “Gaceta”, sin su intervención; su papel fue más importante para constituir la Junta en los días posteriores. Este grupo tuvo contactos con Madrid en abril, pero no consta que continuasen ni que preparasen un movimiento coordinado con otras provincias<sup>35</sup>.

Sobre Coruña, Toreno nos indica que se reunían patriotas que aprovecharon la alteración del pueblo porque no se celebraba la fiesta de San Fernando para impulsar el motín. Parece que esas reuniones se intensificaron desde el 26 de mayo, cuando un militar francés llegó para informarse sobre la situación de la ciudad. La fecha coincide con la recepción de la noticia de las abdicaciones, que fue tratada por el ayuntamiento el 27. Lo que se conoce menos — aunque hace una breve referencia Fraser — es que el fraile Cristóbal Conde, confesor del obispo de Santiago Rafael Múzquiz, se atribuye no solo haber escrito a varios párrocos y “caballeros” sobre la necesidad de levantarse contra la intervención francesa, sino que se trasladó a Coruña donde entró en contacto con Francisco Javier Losada, militar y regidor del ayuntamiento, y con Sinfiriano López, que se convertirá en el líder popular del 30 de mayo, al que entregó todo el dinero que se consideró necesario para preparar el levantamiento. Que la sublevación coruñesa se pagase con dinero de la mitra compostelana contradice la afirmación de Toreno de que Múzquiz, celoso partidario de Godoy, miró «con torvo rostro las conmociones populares». También la convierte en la única importante finan-

34. Hocquellet se equivoca cuando afirma que eran miembros de la aristocracia, integrantes de la Junta General, quienes preparaban la ruptura con Madrid. R. Hocquellet, *op. cit.*, pp. 167 y 108; R. Álvarez Valdés, *Memorias del levantamiento de Asturias en 1808*, Gijón, Silverio Cañada Editor, 1988 [1889], p. 39; F. Carantoña, *op. cit.*, pp. 77-85; y Id., *op. cit.*, pp. 65 y ss.

35. M. Ardit, *Revolución liberal y revuelta campesina*, Ariel, Barcelona, 1977, pp. 120 y ss.

ciada por instituciones eclesiásticas. Se trata de un caso en el que los conspiradores provocaron un motín, aunque no tenían un plan para hacerse con el poder y la Junta se constituyó el 31 sin su influencia directa<sup>36</sup>.

En Sevilla, confluyen dos conspiraciones, la del conde de Tilly y la de Nicolás Tap, que, una vez que se reciben las abdicaciones, deciden organizar un motín el día 26. Es un caso muy similar al de Coruña, pero se trata de conspiradores laicos y civiles, independientemente de que, como en casi todas partes, colaborase con ellos algún militar o eclesiástico<sup>37</sup>. Hay noticias de reuniones en Badajoz, pero el motín del 30 estalló de forma espontánea cuando el pueblo se apercebó de que no se celebraba San Fernando y los cogió por sorpresa<sup>38</sup>. En Cartagena, existía una conspiración militar, pero tampoco está claro que el motín estuviese previsto para ese día, ni que los conspiradores hayan decidido la composición de la Junta; pronto se vieron desbordados por un pueblo al que tardarían en tranquilizar<sup>39</sup>. No hay más datos sólidos de conspiraciones<sup>40</sup>, otra cosa son los que podríamos denominar “grupos informales”, patriotas que se reunían en casas o tabernas y comentaban la situación política, pero no tenían capacidad para organizar un levantamiento o no se lo habían planteado seriamente. Predominan los movimientos desde abajo, en los que quizá participasen personas que tuvieran contactos previos entre sí, no verdaderas organizaciones con un plan. Estos agitadores cuentan con la simpatía de una población dispuesta

36. A. Meijide, *Pioneros del liberalismo en Galicia. Sinforiano López Alía (1780-1815)*, Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 1995, pp. 20-33. Prueba de lo complejo del levantamiento de 1808 es que Conde define en 1811 a Sinforiano López como «acreditado faccionista». López se decantó como liberal y enemigo de la Inquisición, por lo que fue ahorcado el 13 de abril de 1815. Su espíritu revolucionario era útil en 1808, pero pronto se convirtió en irritante para los que lo habían utilizado. Barreiro cita como participantes en la conspiración a López y a Manuel Pardo de Andrade, también liberal, pero de Conde solo señala que estaba en Coruña, enviado por Múzquiz, «para seguir de cerca el rumbo que tomaban los acontecimientos» y que después el obispo financió a la Junta. X.R. Barreiro, *Historia Contemporánea de Galicia*, Vol. I, Coruña, Gamma, 1982, pp. 44-47; Conde de Torenó, *op. cit.*, pp. 109-114; R. Fraser, *op. cit.*, p. 143.

37. M. Moreno Alonso, *La Junta Suprema de Sevilla*, Sevilla, Alfar, 2001.

38. El levantamiento estaba preparado para el 3 o el 4 de junio. R. Fraser, *op. cit.*, pp. 17-28; R. Gómez Villafranca, *Extremadura en la Guerra de la Independencia*, Sevilla, Renacimiento, 2008 [1908], pp. 17-19.

39. F. Franco, *Cartagena (1808-1814), una ciudad en guerra*, en *La Guerra de la Independencia en la región de Murcia*, Murcia, Tres Fronteras, 2009, pp. 59-73; R. Fraser, *op. cit.*, pp. 152-155.

40. En Aragón, se sabe que Palafox era fernandista y que unos labradores, propietarios, realizaron labores de agitación en los días previos y buscaron, sin éxito, un líder entre las clases dirigentes. No hay datos que permitan afirmar con rotundidad que el motín del 24, provocado también por las abdicaciones, fuese preparado. H. Lafoz, *La Guerra de la Independencia en Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996, pp. 71-77.

a movilizarse por su rey y contra la intervención extranjera y que llevaba meses viviendo en plena conmoción política.

Hay dos rasgos del levantamiento de la primavera de 1808 que justifican que se lo considere una revolución: su carácter popular y que las Juntas se creen contra las autoridades establecidas. Además, durante días, incluso meses, depende de los sitios, el poder estará literalmente en la calle; que el pueblo se hiciese con él se vio facilitado por que en la mayoría de las poblaciones que se sublevan la fuerza armada era muy escasa o inexistente.

En mayo de 1808, el ejército, incluidos algunos regimientos de milicias provinciales, estaba muy debilitado por la participación en la invasión de Portugal y otras misiones en el extranjero. En muchas ciudades las autoridades estaban literalmente a merced de los amotinados, pero incluso donde existía una guarnición ni la tropa ni la mayor parte de los mandos estaban dispuestos a enfrentarse al pueblo y apoyar al gobierno de Murat. Solo las Juntas lograrán mantener la disciplina del ejército y que reprima los motines, pero incluso ellas se verán desbordadas por la agitación durante semanas. En ocasiones, da la impresión de que en la decisión de las élites locales de establecer una Junta y crear un ejército influye más el deseo de tener autoridad y fuerza para restablecer el orden que la voluntad de luchar contra los franceses. El pueblo era consciente de ello y, debido a la desconfianza hacia las Juntas o algunos de sus miembros, la sucesión de motines no es rara hasta julio e incluso más tarde. Es algo no siempre recordado<sup>41</sup> y que merecería un espacio del que carezco, pero baste evocar lo que sucede en Valencia con el asesinato del barón de Albalat o las matanzas de ciudadanos franceses: el motín del 5 de junio se inicia con gritos de «¡En la Junta hay traidores!» y «¡Fuera la Junta!». En Castelló, estalló un motín contra los “traidores” el 19 de junio, en el que fue asesinado el gobernador, en otras localidades valencianas se suceden los incidentes durante ese mes<sup>42</sup>.

En Oviedo, la agitación, que combina la lucha por una mayor representatividad de la Junta con la desconfianza campesina hacia la hidalguía que la dominaba, se mantiene hasta que, a fines de septiembre, la Junta saca al ejército a las calles y encarcela a los dirigentes de la oposición<sup>43</sup>. En León, el pueblo, que había forzado la creación de la Junta y la obligó a que acordase el armamento de la provincia con la amenaza de quemar la ciudad,

41. Sí lo hace Fraser, aunque la relación de incidentes que recoge sea necesariamente incompleta: R. Fraser, *op. cit.*, pp. 225-239.

42. M. Ardit, *op. cit.*, pp. 127-136.

43. En este caso el descontento popular se combina con el enfrentamiento de la Audiencia y el cabildo de la catedral con la Junta, pero lo que me importa destacar son las dificultades de las nuevas autoridades para hacerse con el control de la situación. F. Carantoña, *Soberanía y derechos constitucionales, la Junta Suprema de Asturias (1808-1809)*, en “Trienio. Ilustración y Liberalismo”, 2010, n. 55, pp. 5-55.

había formado patrullas por su cuenta y controlaba las puertas de la muralla. Esta, carente de fuerza armada, solo podía intentar persuadir a los amotinados para que la obedeciesen; incluso después de constituido el ejército provincial, el 1 de julio, estalló otro motín que fue difícil de dominar.

Lo que sucede en las ciudades puede extenderse al campo. Blanco White salió el 15 de junio de Madrid hacia la Andalucía sublevada y se encontró con pueblos en manos de los campesinos y autoridades amedrentadas y sometidas a las decisiones de los vecinos que ocupaban las calles. Continuamente lo paraban patrullas armadas o «bandas de segadores que, armados con sus hoces, nos hicieron pasar por el aprieto de un minucioso interrogatorio»<sup>44</sup>. En León, son frecuentes los ataques contra autoridades o personas acomodadas, el 25 de junio el alcalde de Palacios de la Valduerna se quejaba de que «ya se proclaman por Rey cada uno en su pueblo y dicen que nadie manda en su territorio». El 30, el presidente de la Junta informaba a Cuesta de que

la anarquía y la insubordinación a las autoridades constituidas crece en lugar de disminuir, en los más de los lugares de la Provincia el desenfreno es común [...]; la Junta de León ha sido despreciada en algunas partes y sus providencias pisadas especialmente en la villa de Sahagún donde la canalla ha puesto fuego a la casa del administrador de Rentas [...]; el propietario nada tiene seguro<sup>45</sup>.

La agitación campesina continúa en los meses siguientes y, en Extremadura, llegó a la ocupación de tierras<sup>46</sup>.

Se trata de una auténtica revolución que, a pesar de las dificultades para controlarla, pronto fue capitaneada por las viejas clases dirigentes, ampliadas con una representación de burgueses y profesionales liberales en las Juntas. El descontento social es conducido contra Godoy y Napoleón y, cuando eso no es suficiente, no encuentra forma de articularse políticamente. En la España de 1808, no hay revolucionarios que quieran o puedan asumir el papel de los jacobinos franceses. Los liberales desean desarrollar reformas políticas y modificar la estructura de la propiedad, pero sin alterar radicalmente el orden social y, sobre todo, sin que la propiedad misma sea cuestionada. En la práctica, temen al pueblo tanto como los nobles, los cargos de la administración o la jerarquía eclesiástica. Se recurre a su voluntad para legitimar el nuevo poder y se ensalzan sus virtudes cuando la mo-

44. J. Blanco White, *Cartas de España*, Madrid, Alianza Editorial, 1972 [1822], pp. 317-325.

45. A. Moliner, *Guerra de la Independencia y revuelta social, la Junta Superior de León*, en *El Pasado histórico de Castilla y León*, Vol. III, Burgos, Junta de Castilla y León, 1983, pp. 379-392.

46. R. Fraser, *op. cit.*, pp. 292-295.

vilización aparece como patriótica, pero si rebasa la línea se convierte en “populacho”, “chusma” o “canalla”, que debe ser sometido al imperio de la ley. El carácter patriótico de la revuelta y la presencia de un ejército francés que representaba una amenaza real y próxima dan argumentos para defender la unidad, por encima de clases y condiciones, y para calificar de traidor o agente enemigo a cualquiera que amenace con romperla.

Aunque incluyan cargos de la administración, las Juntas no salen del poder establecido. Solo en Asturias y Galicia asumen el poder institucionales preexistentes, pero son convocadas, después del triunfo de la revolución, por Juntas de nuevo cuño salidas de ella<sup>47</sup>. Es cierto, como afirma Hocquelllet, que los ayuntamientos con frecuencia son el núcleo de las Juntas, pero no siempre y, además, los regidores suelen quedar reducidos a una pequeña parte de sus integrantes<sup>48</sup>. Algunas incluyen a representantes de los vecinos elegidos en votación, pero lo habitual es que sean designadas o aclamadas. Reciben su legitimidad del pueblo, pero ni son democráticas — aunque los partidarios del Antiguo Régimen las acusaran de ello — ni populares. Se formarán Juntas soberanas — de las provincias/reino — y Juntas subordinadas; las primeras fueron 16, aunque 18 las provincias representadas en la Central debido a que la Junta de León y Castilla envió diputados por ambos reinos y también lo hizo Madrid.

La insurrección se había producido por la frustración de un cambio político en el que se habían puesto grandes esperanzas. La intervención de Napoleón no solo supuso el destronamiento y la captura del rey que lo encarnaba, sino un peligro cierto de sometimiento a Francia, que se temía que implicase cargas económicas y una sangría de hombres para integrar sus ejércitos. A ello se unió pronto la propaganda que lo consideraba también una amenaza para la religión. En un contexto de agitación política, el estallido popular es perfectamente explicable. Los motivos iniciales no muestran un claro proyecto político, pero las circunstancias hicieron inevitable que los sublevados tomaran decisiones revolucionarias, primero creando las Juntas, después la Central y, por último, con la convocatoria de Cortes. El levantamiento por la libertad colectiva frente al invasor se convirtió en una revolución de calado más profundo, pero siempre condicionada por que buena parte de los que la apoyaban lo hacían desde presupuestos extre-

47. M. Frieria, *La Junta General del Principado de Asturias a fines del Antiguo Régimen (1760-1835)*, Oviedo, KRK, 2002; M. Artaza, *Galicia y la crisis del Antiguo Régimen, levantamiento, guerra y soberanía (una interpretación institucional)*, en *A Guerra da Independencia e o primeiro liberalismo en España e América*, Santiago de Compostela, Universidade-Cátedra Juana de Vega, 2009, pp. 191-218; F. Carantoña, *op. cit.* Otra excepción, distinta, es Aragón, donde Palafox convoca Cortes.

48. Los datos que ofrece sobre la composición de las Juntas son incompletos y en ocasiones erróneos, insisto en que es necesario investigar más sobre ellas. R. Hocquelllet, *op. cit.*, pp. 163 y ss.

madamente reaccionarios. Por eso, cuando se habla de la Guerra de la Independencia como conflicto civil, habría que poner más acento en la guerra civil larvada que se produce en el bando patriota que en el enfrentamiento con la reducida minoría, por muy significativa que fuese, que apoyaba a los ocupantes. La revolución de 1808 abre el camino a lo que después sucederá, pero también explica mucho de su complejidad y contradicciones; sin ella no es posible comprender las características de las Cortes y su obra, que quizá exijan desterrar más tópicos que el propio levantamiento.

## TRIENIO

ILUSTRACIÓN Y LIBERALISMO. REVISTA DE HISTORIA

Dirigida por Alberto Gil Novales

Número 60, 2012

Isabel María Pascual Sastre, *El exilio voluntario como una manifestación de la fraternidad política: Manuel Marliani y su lucha por la monarquía liberal*

Elvira Gangutia Elícegui, *Entre Filhelenos y compañeros de Torrijos Alberto Romero Ferrer: «Los literatos españoles se habían convertido todos en políticos».* *Las nuevas funciones públicas de la escritura (1811-1870)*

Vladimir López Alcañiz, *La crisis de la convicción (I): Étienne Vacherot en el nacimiento de la tercera república francesa*

Alberto Gil Novales, *La Constitución de 1812 en su perspectiva*

Alberto Gil Novales, *En torno a la Revista Nacional, 1899-1900*

RESEÑAS

IN MEMORIAM